

Los ojos movedizos

El pasado miércoles entré en la sala de urgencias donde habían ingresado a mi padre –no, de lo que estoy sufriendo soy incapaz de escribir- cuando caí en los ojos movedizos de una mujer de mediana edad, calva, con los límites de su cuerpo diluidos entre tubos y venas transparentes por los que burbujearan líquidos de alquimia. Estaba sola, expuesta como todos los demás a esa dama seductora, infinitamente promiscua, que quería llevarlos a donde ya no se es.

Sí, caí en sus ojos movedizos, y en un primer momento, cuando sólo me había hundido en ellos unos pocos centímetros, no me preocupó escapar. Pero de pronto me di cuenta de que me encontraba inmovilizado y que aquellos ojos desesperados me estaban engullendo. Cuando quise gritar ya mi garganta había desaparecido ahogada en aquellas dos gigantescas peceras de dolor.

“Hola.”

“Hola.”

“Me estoy muriendo de cáncer, sola, olvidada por todos. Quizás ya esté muerta. Necesito que me beses y que me digas que me quieres.”

La luz y la brisa se habían ensuciado de blanco al filtrarse por los cientos de cerezos en flor que nos rodeaban. Estábamos los dos solos, uno enfrente del otro, tumbados de canto sobre la hierba, junto a un riachuelo, y ella me pareció la mujer más hermosa de la tierra. La besé, con fuerza, sin moralidad, y ella inundó mis mejillas con sus lágrimas. Me asusté, mucho, sobretodo cuando oí el rugido de una catarata que no veía y me acordé de la sublime muerte de Don Fabrizio en El Gatopardo. Usando cierta violencia me libré del abrazo y salté dentro de aquellos ojos acuáticos para volver a la sala de urgencias donde quería encontrar a mi padre. Allí mis labios estaban adheridos a una boca anónima, fría, seca, abandonada por la vida para siempre.